

## El Profesor García Bacca y su Filosofía de Salón

En torno a esos seres privilegiados que decimos pensadores, hay un concepto relativamente nuevo. Algunos de entre ellos llevan hoy nombre de filósofos de salón o de gran hotel. Se ve en seguida lo que ello quiere decir. Al alto saber que llamamos filosofía, lo han llevado dichos señores al club, al agora, al periódico, a los centros de la buena sociedad, para discutir sus problemas en forma sugestiva y popular, aireándolos sobre las cabezas de los hombres de negocios, sobre los peinados de las damas del gran mundo. Supone ello una buena dosis de gracia, además, claro está, de competencia filosófica. Chispa de conversador y dominio del saber de las últimas razones. Habrá que añadir que son pocos los que triunfan en el género, pues no es fácil la conjunción de una vigorosa mentalidad y unas formas literarias amenas. Por regla general, una y otra cualidad se contraponen y excluyen. Sobre todo, se peca frecuentemente en no saber administrar la abstracción filosófica en las cantidades mínimas que las gentes de los salones son capaces de asimilar.

A nuestro público caraqueño le ha cabido en suerte, últimamente, uno de estos filósofos que, docto y decidor, desgranó ante sus despiertas inteligencias un programa de antropología filosófica contemporánea. Fueron diez lecciones —un decálogo antropológico como si dijéramos— en que se daban —tenían que darse— la mano ciencia, filosofía y buen decir, disertando sobre la íntima estructura del ser humano. Desde tan fausta fecha, sabe la culta Caracas, patria de Bello, cuánto en el decurso de los siglos han dicho sobre el hombre griegos y cristianos, filósofos y teólogos, científicos y poetas, fenomenólogos y existencialistas. Más que tomar posiciones, más que sentar tesis al respecto, lo que hizo el profesor G. Bacca fué registrar doctrinas y sentencias, suscitar oposiciones entre lo pasado y moderno, ironizar a costa de la mentalidad antigua, y cuando le llegó el momento, blandamente, "hamacalmente", acostarse al parecer de la moderna.

El desarrollo del programa tenía mérito. Como el tema-hombre se discute hoy desde tan varias disciplinas, desde la historia y la cultura, de la geología y la paleontología, la filosofía y la teo-

logía, desde las teorías evolucionistas y fixistas, G. Bacca tenía que hacer confluir en su potente cerebro los hilos varios de trama tan complicada, convertirse en centro ordenador y unificador, y emitir el mensaje antropológico correspondiente a la altura de los tiempos atómicos que alcanzamos. G. Bacca se cree preparado para esta labor de síntesis y confrontación. Posee cultura, cultiva las ciencias, está en los secretos de la filosofía de hoy, la existencialista, y también —¡a qué negarlo!— de la escolástica, aunque de esta última en forma de vagos recuerdos lejanos, pues no es que la siga cultivando, sino que la utiliza para que le suministre contrastes que animen sus cuadros modernistas y sostengan la hilaridad de sus oyentes. En G. Bacca, afiliado a una filosofía de vanguardia, la escolástica es mero recurso decorativo; saca de ella puntos de vista jocosos que exhibe a modo de pasadas glorias ancestrales. Pero con sus existencialismos o sus esencialismos, G. Bacca, en la patria del más docto de los americanos, A. Bello, puede permitirse el lujo de discurrir sobre los problemas del origen y de la constitución del hombre. Si yo he esperado a leerle hasta ahora, es que quería hacerlo en vacaciones, en plena campaña, lejos del bullicio de nuestra estruendosa capital, como pedía el valor de cerebralismos tan robustos. Acéptense pues mis tardías notas como postrimero obsequio al docto charlista capitalino.

El público de nuestras conferencias filosóficas, por muy selecto que sea, es de gollete mental estrecho. En América y también en Europa, lo tenemos bien comprobado. Es el público que frecuenta el cine, y está hecho a las maneras gratamente superficiales de la contemplación de la realidad en la pantalla, donde no hay abstracciones, sino ideas de carne y hueso en forma de divas y de divos, con acompañamiento de luz, colores y notas. Al destilar según eso ante tales gentes doctrinas esenciales, se hará bien en proceder con sobriedad y claridad, valiéndose del apólogo más que del concepto, sirviendo lo que haya que servirles con cuentagotas y en estilo de amable divulgación, sin tecnicismos casi, divagando amenamente. Nuestro profesor se percató de ello; y, por lo mismo, quiso adoptar tono de charla familiar, poniéndose en comunicación con sus oyentes, ellas y ellos, sintiéndose perdido en sus filas, haciéndose eco de sus reacciones, oyéndose a sí desde el interior de sus interlocutores. Quiso se ha dicho; porque en realidad de ver-

dad, a pesar de algunas ráfagas en tal sentido, le ha dominado el empaque profesoral; y, en fuerza de su acusado vigor mental, apenas ha acertado a ser sencillo y discipular, lejos por otra parte del gracejo de un pensador que trataban de recordar —así me parece— algunas de sus maneras de expresarse. Le recordaban, pero muy de lejos. No es patrimonio de todos la inspiración y el humor, y mucho menos esa docta elaboración estilística que en su simplicidad y aparente desaliño cifra su mayor lustre y encanto. Aun ahora que las conferencias corren impresas, la frase no acaba de ser flúida, a veces es incorrecta, y no va bien perfilado el pensamiento. Léase vgr. este párrafo:

Unos cincuenta mil años lleva el hombre sobre la tierra. Desde el punto de vista biológico, el centramiento del problema del hombre en el siglo XX posee evidente razón. El siglo XX comienza en 1900; podemos afirmar todos los siglos? Unos cincuenta mil años lleva el hombre mente (!) "ocultando", que hemos nacido a partir de 1900 (p. 28).

Aun con erratas de imprenta, que todo cabe, el discurso es premioso, y si va bien zurcido, que lo dudo, no peca de diáfano. Para ejemplo de pensamiento menos ultimado, oíase este comienzo de conferencia:

¡Señoras y Señores! En tiempos muy remotos, cuando se quería criticar a la filosofía escolástica de que se pasaba de sutil, distinguiendo entre conceptos idénticos, al parecer, se decía que intentaba cortar un pelo en cuatro (p. 47).

¡Cortar un pelo en cuatro! Pero, ¿en qué forma? ¿No sería en su sentido longitudinal? Pues de lo contrario, ¿dónde está la sutileza o la habilidad del microtomo intelectual que se quiere ridiculizar?

Casos como los aducidos son frecuentes. No es el suyo, discurso terso y fácil. Se lo han endurecido la doma de ideas rebeldes a que vive sometido y la lectura de idiomas extraños. Pesa sobre él cierta como rudeza celtibérica, hija de su indudable carácter cerebral, por lo que le recomendaríamos sus amigos una cura de mieles Hibleas.

En las conferencias dichas, noto deficiencias de método, o si se quiere mejor, de sentido humano. Ante un público predominantemente cristiano, religio-

so en fin de cuentas, las alusiones al Magisterio requieren bastante tacto. Pues hay el peligro de que, tras una hora de charla de cierta densidad de ideas y de manejo de una problemática seria, la frase menos reverente con las enseñanzas de la Iglesia sea lo único que quede.

No me refiero todavía a ninguna impugnación de la doctrina cristiana, lo que supondría otro capítulo. Los buenos caraqueños que asistían a las charlas, no todos serían católicos practicantes, pero en su inmensa mayoría tienen sentido religioso y creen estar dentro de la confesión verdadera. Evitense en consecuencia menciones de enseñanzas tan venerables como la de la transustanciación, que en cualquier caso es de captación difícil y por añadidura de gusto equívoco. Pasaron los tiempos, lo sabe G. Bacca, en que los escritorzuelos se metían con las cosas santas y divinas. Hoy, en que se ha llegado a la distribución del trabajo en la industria, y a los temas de estudio perfectamente delimitados en la ciencia, no se pueden cometer ligerezas en tal sentido. El problema religioso queda para la teología, y tratándose de los seculares, para la filosofía y la ciencia de la religión, abordándolo cuando llega el momento según programa o plan. La razón es sencilla y está dentro de las buenas formas sociales y académicas. Importa tanto la religión en la vida del individuo y de los pueblos, es de tan fina calidad por su objeto y por los modos de su ejercicio, que hay que tratarla con los máximos respetos. Es como la cuestión sexual, o si se quiere mejor, de las fuentes de la vida, que requerirá siempre de nuestra parte el máximo de circunspección. Nada más que por eso, porque se trata de las fuentes de la vida. Si hasta los socialistas y comunistas están hoy lamentando, que no supieron guardar las consideraciones debidas con uno de los constitutivos esenciales de la vida y de la sociedad humana: el sentido y hecho religiosos. Repito que mucho respeto; y no por otra cosa, que por estar a tono con la educación científica del presente, que ni siquiera aguanta una de aquellas polémicas acerbas y personalistas que gustaban por ejemplo el siglo pasado. Atención, pues, a la primera regla de la Crotalogía que dice, que las castañuelas se tocan bien o no se tocan.

Pero lo que más debe notarse en torno a las conferencias que comentamos, son sus pequeños roces con el dogma católico. Este tiene una formulación

muy seria y definitiva sobre el origen y la constitución del hombre. Según él, el hombre viene de Dios, y, en último término, por acto creativo; como también va a Dios en razón de una supervivencia e inmortalidad que exige su componente espiritual. He aquí algo básico e intangible dentro de la doctrina revelada. En el curso de los tiempos, al contacto de las ideas propias de cada edad, se habrán deslizado interpretaciones del Texto sagrado sobre la creación y el hombre, asignando a sus orígenes materiales tiempo más o menos determinable según el calendario usual, y atribuyendo a los seres vivos fijimos orgánicos que acaso haya que abandonar el día de hoy. Se trata, como se ve, de elementos o puntos de vista reformables que los documentos eclesiásticos tienen bien en cuenta. Quien lea, por ejemplo, las alocuciones del Papa a los científicos —y quien lee la última palabra de la filosofía existencial, no se ve por qué no haya de leer la penúltima del Papa—, verá que están siendo revisados puntos doctrinales, secundarios por supuesto, pero de no poca monta algunos de ellos. Y quien hoy los discuta ante el gran público, deberá saber recogerlos, admitiendo modificaciones en el pensar y sentir de la teología y filosofía escolásticas, para no acusarlas de anquilosadas e insensibles a la investigación moderna. Distinguiendo bien bases y porciones variables, sometidas las últimas muchas veces al fluir del tiempo, es decir, dentro de un historismo sano. Con comentario franco y leal, sin encubrimientos pero también sin equívocos.

Lo que en manera alguna procede es sembrar dudas y desconfianza sobre las enseñanzas de la Iglesia; picar acá y allá, traer a colación sentencias del pasado, jugar con comentarios arcaicos y no decir palabra de lo que con la investigación de la ciencia ha ido modificándose en el sentir de teólogos y escriturarios. No hay por lo demás lenguaje neutral como quiere indicarse. El lenguaje filosófico de que se nos habla como lenguaje aparte, no existe; como tampoco existió la doble verdad de los averroístas.

Digo otro tanto sobre los mil cambios que va sufriendo la mente humana, considerada asimismo antes fixísticamente,

te, en forma de realidad inalterable, sin mutación ni historicidad posibles. Sabemos hoy, que la intimidad del hombre va en muchos aspectos a merced del tiempo, y no es tan definida como se la suponía. La verdad de sus ideas y discursos va transformándose. Se ha llegado a esta constatación gracias a estudios profundos del ser histórico, observando hoy en distancias que no se imaginaban los antiguos y medievales, y con fuerza de percepción que tampoco cabía en sus instrumentos de trabajo. El sentido histórico ha descubierto maravillas en la modulación diversa que cada edad diera a sus problemas y sentimientos. Pero tampoco exageramos. Las alteraciones serán más amplias y profundas de lo que se imaginó el pasado, pero no disuelven en mera historia, en algo insustante, al ser del hombre. Sobre el fluir de las horas y del tiempo flota siempre un algo inmutable humano, levantado sobre la fluencia histórica, algo supra-histórico que decimos espíritu. El centro de la personalidad se mantiene siempre igual a sí mismo. De forma que, cambiando vgr. la actitud de la sociedad con respecto al hecho de la esclavitud, a su admisión social y jurídica, nunca varíe la verdad de que el hombre no tiene razón de medio, sino que es fin en sí mismo. Y si políticos y legistas y aún filósofos han tergiversado alguna vez esta verdad, la razón serena e imparcial, a cualquier luz que la mire, la ha tenido que afirmar en todo momento, porque la ve radicada en el ser espiritual del hombre.

Un profesor de la altura de G. Bacca habrá de insistir no menos en los elementos inalterables y siempre definidos del ser humano, que en los mudables y sujetos a cambio. Habrá de estar impuesto en lo que le trae el existencialismo, pero sin olvidar lo que le opone el esencialismo. Sin cerrazón de horizontes, por supuesto, pero también sin fáciles concesiones a la galería.

No renuncio a entretener mis vacaciones próximas con otra serie de conferencias del ilustre profesor, no precisamente más cultas, pero, sí, acaso, más ponderadas, y literariamente es nuestro deseo, mejor trabajadas.

J. ETRAIKY